

# Una mirada al siglo veinte

## Entrevista con Pedro Laín Entralgo

*Carlos Alfieri*

Pedro Laín Entralgo es uno de los pocos intelectuales españoles cuya polifacética vida coincide, casi en su totalidad, con la del siglo XX. Como tal, es un testigo privilegiado para intentar hacer un balance y reflexionar sobre su tiempo. Nacido en 1908, graduado en medicina, su actividad se orientó básicamente hacia dos centros de interés: la historia y la medicina, especialidad de la que fue catedrático en la Universidad de Madrid y sobre la que escribió numerosos trabajos –*La historia clínica* (1959); *Introducción histórica al estudio de la patología psicosomática* (1950); *Historia de la medicina moderna y contemporánea* (1954); *La relación médico-enfermo, historia y teoría* (1964), entre otros–, y la antropología filosófica, terreno en el que incursionó con libros como *La espera y la esperanza* (1957); *La empresa de ser hombre* (1958); *Teoría y realidad del otro* (1961) o *Antropología de la esperanza* (1978).

Entre 1951 y 1956 fue rector de la Universidad de Madrid, y entre 1982 y 1987 director de la Real Academia Española, institución en la que había ingresado en 1953. Cabe mencionar, además, que fue el primer director de *Cuadernos Hispanoamericanos*, cuando la aparición de esta revista, en enero de 1948.

– *¿Cuál es, para usted, el rasgo esencial que caracteriza a esta centuria ya a punto de terminar?*

– El rasgo principal, a mi juicio, es la permanencia de la vida en crisis. A comienzos del siglo XX, primero en una minoría, pero después de la Primera Guerra Mundial en sectores cada vez más vastos, se fue extendiendo la conciencia de que el mundo moderno en su parte final, el mundo burgués, había entrado en crisis. La conciencia de esa crisis fue expresada de diversas maneras a lo largo de todo el siglo; por eso, y porque pese a todo lo que se diga, no hemos salido de la crisis sino que se ha convertido en una forma de vida permanente, creo que es el rasgo fundamental de nuestro tiempo.

Fueron las mentes más sutiles, las más sensibles de finales del siglo XIX y comienzos del XX –Nietzsche, Unamuno– las que percibieron primero

este fenómeno. Algunos pensadores, como el alemán Scheler o el español Ortega, plenamente conscientes de la crisis, creyeron que era posible salir de ella e intentaron incluso trazar caminos en esa dirección, pero el optimismo general que floreció en la tercera década de este siglo no fue corroborado por la historia.

– *¿Se trata de una crisis que abarca todos los campos?*

– Por supuesto: la política, la moral, la cultura, la economía, la sociedad...

– *Este siglo ha sido pródigo en grandes convulsiones políticas, sociales, artísticas, económicas y, naturalmente, militares: hubo dos tremendas guerras mundiales. Uno de los acontecimientos más importantes fue el triunfo de la revolución rusa en 1917 y sus secuelas, el nacimiento de la Unión Soviética, el posterior establecimiento de regímenes socialistas en Europa del Este, en China, en Cuba, en algunos otros países asiáticos. A partir de los años 50 se configuró un mundo bipolar, en el que se enfrentaban el bloque capitalista y el comunista. Este último se derrumbó como un castillo de naipes a finales de la década del 80 y principios de la del 90, ante el asombro de la mayor parte de los analistas políticos, que no había previsto en absoluto ese desenlace. ¿Qué reflexión le suscita el nacimiento y caída de los regímenes llamados comunistas?*

– La implantación del sistema socialista generó una enorme esperanza en muchos hombres, esperanza que al mismo tiempo llegó a ser norma de acción en tantos países, que formaban casi la mitad del planeta, pero sin duda se mostró insuficiente para resolver la conciencia de vivir en crisis en la que el hombre estaba instalado. Después de terminada la Segunda Guerra Mundial, eliminado por completo uno de los protagonistas de este siglo, el totalitarismo nazi, quedaron dos grandes potencias: la occidental, representada por Estados Unidos, y la comunista, encabezada por la Unión Soviética. Transcurrieron así 45 años de guerra fría, que demostraron que ninguno de los dos bloques podía mantenerse indefinidamente en esas condiciones, pero sobre todo uno de ellos: el soviético. La prueba es que los acontecimientos que determinaron la caída del totalitarismo soviético se engendraron en su propio seno. Existía una profunda insatisfacción dentro mismo de su sociedad, en la conciencia de la mayoría de los hombres que vivían bajo ese sistema que se dio en llamar socialismo real, y creo que éste fue el factor fundamental del derrumbe del bloque comunista. Occidente resultó vencedor casi sin luchar. Pero todas estas circunstancias constituyen

para mí un ejemplo más de lo que enuncié como punto de partida: que la conciencia de crisis del mundo moderno en su etapa final burguesa no ha desaparecido, continúa vigente.

– *¿Cuál cree que fue el principal ingrediente de esa insatisfacción?*

– Pienso que la afirmación de la libertad como momento constitutivo esencial de la vida humana, y su insatisfacción bajo ese sistema, se hicieron sordamente patentes en millones de conciencias, lo que fue restando fuerza popular al bloque comunista. De modo que fue un triunfo de la libertad desde dentro de la vivencia de la falta de ella, desde su reivindicación como nota esencial de la existencia de los hombres.

– *Tras la caída del muro de Berlín se aceleró la globalización o mundialización del capitalismo y el auge del ultraliberalismo, que tuvo como abanderada a Margaret Thatcher. Esquemáticamente, se podría decir que hoy se registra un fortalecimiento y hasta endiosamiento del Mercado en detrimento del Estado. ¿Qué rumbo le parece que tomará este proceso?*

– No lo sé, pero hablando por mí, creo que el ultraliberalismo no puede satisfacer ni medianamente la conciencia de vivir en crisis, pese al éxito económico que pueda tener localmente, en determinados países y en determinados sectores sociales. Las desigualdades originadas en factores económicos no han hecho más que aumentar en el mundo: los pobres son más pobres; los ricos son más ricos. Los países ricos se han impuesto más rotundamente a los países pobres, lo cual se trata de disimular con ciertas ayudas humanitarias, pero ya vemos todos que eso no es suficiente. De manera que no sé qué puede suceder; quizás la idea del nuevo siglo traerá una actitud mental diferente, como ocurrió con la conciencia burguesa en el siglo XIX. En todo caso, lo deseo, aunque no sé si conoceré el siglo XXI; espero que sí, porque es mañana mismo, y mañana cumpliré 92 años...

Lo cierto es que lo que vino después de la descomposición del bloque soviético, esta arrolladora globalización del capitalismo, ha defraudado las ilusiones de quienes esperábamos que el mundo entrara verdaderamente en una nueva etapa de su historia. Una desilusión más, como la que sufrieron Max Scheler y José Ortega y Gasset, dos testigos europeos de primera fila, en los años 20. Al término de la Primera Guerra Mundial, ellos creyeron que comenzaría un nuevo ciclo histórico en el que todo, desde el arte hasta el pensamiento, pasando por la vida social en general, sería mejor que antes. Esa esperanza fue quebrada sucesivamente por varios acontecimien-

tos conmocionantes: el *crack* de 1929 en el orden económico; el resurgimiento de los totalitarismos; la Segunda Guerra Mundial, tan atroz, con el posterior descubrimiento de los campos de concentración y de exterminio que estaban en la entraña de uno de los bandos; la Guerra Fría, con casi medio siglo de indecisión durante el cual, ¿qué se podía esperar?

– *Habría que agregar a esa lista la bomba atómica.*

– Claro, claro. Y lo grave es que la bomba atómica poco a poco la va poseyendo medio mundo, y alguno puede decidirse a usarla.

– *Otro de los grandes fenómenos políticos del siglo XX se dibujó en torno del ascenso y posterior derrota del nazismo y el fascismo. ¿Cómo caracterizaría el papel que cumplieron estos totalitarismos en la historia contemporánea?*

– El nazismo fue un fenómeno fundamentalmente alemán, lo que implicaba su limitación y su conversión en un dogma que podía conducir, y condujo, a la guerra y los campos de exterminio. Evidentemente, el nazismo sólo puede causar repulsión, pura y simplemente, en cualquier hombre honesto. En cuanto al fascismo italiano, ofrecía como modelo un nacionalismo con ciertos elementos de socialización, y por su propia naturaleza tenía que ser extremado y terminar en lo que terminó.

La influencia del totalitarismo nazifascista no puede llamarse más que nefasta. Naturalmente, la del nazismo fue mayor, por la magnitud del poderío de Alemania y por el fanatismo casi religioso que generaba. En una oportunidad tuve ocasión de asistir, en Hamburgo, a un desfile del nacional-socialismo: era un espectáculo impresionante, parecía una procesión laica. El nazismo llevaba implícita una concepción extensiva y dominadora, nacionalista y racista. El fascismo se dio en un país menor, y se centró más en un discurso nacionalista que pretendía combinarse con una mayor atención a la justicia social. En fin, creo que la desaparición de este totalitarismo parece definitiva, mientras que la del soviético no lo es del todo, porque subsisten regímenes que de alguna manera lo heredan, como los de China o Corea del Norte.

– *¿Piensa que el franquismo fue heredero del fascismo italiano, o más bien un producto específico de la historia española?*

– El franquismo fue una consecuencia inmediata de una guerra civil a muerte en la cual uno de los bandos triunfó de manera absoluta. Pero el